

senderos polvorientos poblados, como en los tiempos lejanos, de mujeres que con el ánfora en la cabeza, iban en busca del pozo inextinguible. Sacude al lector el sacudimiento del viajero.

De estos estremecimientos de sensibilidad, que muestran en rápida vislumbre paisajes psicológicos mal definidos, se nutre, más que de informaciones exteriores, la gran literatura. Y cuando al lado de ellos encontramos intencionados rasgos de sátira social, relatos de costumbres, observación caricaturesca fina como aquella del rostro del camello que subraya al viajero, en un rictus de ironía, su falta de cautela ante el explotador, podemos augurar, como el árabe, el porvenir.

Que vengan nuevos libros: cada uno de ellos nos traerá un nuevo y más rico panorama, extraído cuanto más intenso, con nueva y más rica ansiedad. Nunca se agotará la fuente, mientras dure la vida. Entonces ya lo dice el autor:

Todos sabemos cuál será esa postrer frase nuestra, palabras que quizá escucharán los hombres por primera vez de nuestros labios, porque estaban escritas precisamente en lo más hondo del corazón.—A L F O N S O B U L - N E S .

## LA VIDA DE FRANÇOIS VILLON

(A propósito de «Le Roman de François Villon», por Francis Carco).

**A** las biografías noveladas que nos ha prodigado la literatura de los últimos tiempos, viene a sumarse esta novedosa vida de François Villon, que en la serie de *Le roman des grandes existences* (Plon Nourrit édit.), sigue a la *Prodigieuse vie d'Honoré de Balzac*, a la *Vie Aventureuse de Rimbaud* y a la *Vie Pareseuse de Rivarol*.

Byron es el égotra displicente, orgulloso de su casta, inconstante y déspota en el amor, espíritu de acción y de lucha, consciente de su genialidad, que pone al servicio de sus pasiones —poesía de erotismo y de glorificación romántica—; Shelley es el alma del panteísta que vibra en la *measureless music of things*; en él la sombra abyecta de Calibán no alcanza a manchar la nitidez del espíritu de Ariel —poesía de serenidad, de panteísmo puro, con mucho del concepto y de la forma griegas—; Villon es al lado de ellos, el pobre Lelio ungido por la vida en la florecencia lírica de su poesía, en quien ensaña el Destino su saeta de dolor y de miseria.

En su vida han obrado con un determinismo ciego, aquellos factores que Sainte-Beuve señalaba como matrices en la gesta-

ción de la obra de creación artística. Vida errante y turbulenta, exaltada por pasiones ruines y por arrepentimiento rayano en misticismo, vida de gloria y de miseria, de sombras y tortura de cárcel y de opulencia de príncipes, *de forfaits et de débauches*, para hallar un símil a aquella vida lírica de ingenuo idealismo de niño y de concupiscencias y bajas pasiones de hombre en la gentil errancia caballeresca medioeval, tendríamos que hurgar en la vida de los grandes minstrels ingleses, o en la de los troubadours o trouvères de Francia, o en más de algún meister singer de los teutones; pero ni Bertrand de Born, ni Pierre Vidal o Bernard de Ventadour, ni Caedmon the Cedric, por no citar otros entre los más famosos bardos de la Edad Media, vivieron la vida azarosa del más grande de los poetas medioevales y legítimo precursor de la poesía moderna.

Francis Carco, el novelista de *Rien qu'une ferme*, nos escribe esta vez, no una biografía novelada, sino una verdadera novela de emoción e interés, con el mérito singular de que para darnos una obra de ficción no ha tenido que alterar los elementos ya conocidos de la vida del poeta.

Porque en pocos poetas como en Villon la vida y la obra aparecen tan estrechamente unificadas por el lazo vibrante y tenso que fué su existencia atormentada y arrepentida, que él ha encerrado en el grito vibrante de su verso: *pour une joie cents douleurs*. De él podemos decir que recibió en carne viva la lección de la existencia y que su poesía, falta de todo diletantismo sentimental de alcoba, fué la cosecha de dolor y de placer, en el paso breve por la vida de este poeta, que como él, mismo lo dice, *en amour mourut martyr*.

A los siete años prematuros, pierde a su padre, que ha muerto en la miseria. Su madre, más pobre que éste, lo entrega a su tío, el capellán de Saint Benoît le Betourné (le Bien Tourné, en la vena jocosa del poeta). Allí lleva una vida arreglada y sobria. Su tío, que es para él *plus doux que mère*, lo inicia en las disciplinas clásicas y son las largas veladas en que lee su Doctrinal. La influencia religiosa y moral del capellán parece que va a modelar para siempre en el hierro recio de la virtud austera y de las buenas costumbres aquella vida que, de haberlo sido así, nos hubiera privado tal vez de un gran poeta.

Era, naturalmente, un corazón tierno y puro, el de este niño, con ese temblor de tristeza y esa avidez de amor de quien lamentaba desde los primeros años y a pesar de la solicitud de su tío, la efusión amorosa del hogar de los suyos.

Había en él algo de infinitamente tierno, dice Carco—por lo cual había sufrido desde hacía mucho tiempo en su pequeña vida, dentro de su cuarto de

Saint Benoît, durante las obscuras tardes de invierno en que, la frente apegada al cristal de la ventana, miraba jugar cerca de las casas a los niños de su edad.

Pero cuando tras la niñez apacible, hace irrupción en él la pubertad, cambia de rumbos la curva que descubriera la flecha de su destino. A los diez y siete años sigue sus cursos en la Universidad de París y sus principios austeros empiezan a derrumbarse. Collin, el hijo del cerrajero, le proporciona una llave con que podrá salir furtivamente de noche, pues su tío tuvo la previsión paternal de cerrar en persona la puerta, una vez caída la noche.

En sus andanzas de nocherniego conoce al noble Régnier de Montigny, de bello porte, admiración de mozos y doncellas y muy versado en las artes de salir del paso cuando no se tiene dinero.

En compañía de Collin y de Montigny frecuenta las tabernas. Ya era en la "Tumelières" o en la "Truie qui file", célebres en la vida medioeval parisiense, donde se reunían a beber, a jugar, a comer. Son las celebradas *repues franches* en más de uno de sus poemas líricos y, como en el caso de la farsa de Maître Pathelin, se valen de mil argucias para emprender la retirada sin desembolso de dinero.

De tal manera tenemos lanzado ya al poeta en este nuevo género de vida. A pesar de todo, es un *écolier*, pero al mismo tiempo un buen Epicuro, que, como el Sängler, en el poema de Goethe, pospone todos los bienes y los honores mundanos al *vaso de bon vino*.

No tardará, pues, el poeta en hacer profesión de cinismo y enfado de vivir:

Qui n'a or, ny argent, ny gaige  
 Comment peut-il faire grand chère?  
 Il faut qu'il vive davantage  
 La façon en est contumière  
 Saurions nous trouver la manière  
 De tromper quelqu'ung pour repaistre?

*Qui le fera sera bon maître* (pág. 287)

(La Repeue de Villon et de ses compagnons)  
 Oeuvres de Villon, Flammarion, edit.

Entre la gente que frecuentaba las tabernas, Villon se encuentra a menudo con individuos de aspecto siniestro que hablan larga-

mente con Collin en un argot que él no logra comprender ni a medias. Es así como, introducido por aquél, va conociendo a gentes de la hampa parisiense. Uno de ellos, Piez Blans, va a ejercer, como se verá más adelante, una influencia no deleznable en la vida del poeta. Veamos el retrato de mano maestra que de él nos hace Francis Carco.

Un grand diable mal vêtu, toujours sale et puant plus qu'un bouc, inspirait, entre tous à François, une si forte répulsion que de le rencontrer avec Collin et Motigny, l'écolier en restait béant. Ce personnage employait un jargon effroyable que des termes empruntés au patois des campagnes et des pays de Nord, rendaient souvent intraduisible. Mais il accompagnait de geste ses paroles et cela leur donnait un sens que François interprétait avec stupeur. Il démêla que cet affreux individu, répondait au surnom de Piez Blans par allusion à son origine étrangère ou à sa malpropreté repoussante et n'était point un bandit négligeable. Il opérait vers Orléans, dans les plaines et les bois, et commandait une bande de malfaiteurs. Quand il parlait, l'accent avec lequel il déformait les mots, avait une rudesse singulière.

Las continuas libaciones y calaveradas de Francisco han pasado casi inadvertidas para el buen capellán, su tío. Sin embargo, su madre, que ha puesto en su educación las esperanzas de su vida, le nota el rostro emaciado, empalidecido, y así se lo advierte. Francisco le contesta con cinismo: C'est le latin; d'apprendre à la chandelle on pâlit.

Con todo, y a pesar de aquella vida disipada en esparcimientos juveniles, el poeta ya ha alcanzado su título de Bachiller en la Universidad de París.

Luego, un hecho que impresiona muy hondamente su vida y que, a no dudarlo, debe haber sugerido al poeta más de alguno de sus versos de su famosa «Ballade des pendus».

Una tarde en que deambula por los suburbios de París en compañía de Colin y Montigny, les sorprende la noticia de una ejecución. Dos hombres y una mujer han sido juzgados y condenados por la Corte del Parlamento a ser ahorcados y para ello se han levantado las horcas al lado afuera de las puertas de Saint Denis. Todos comentan el suceso y las mujeres se preparan para presenciar la ejecución, ya que hasta entonces, ninguna mujer ha sido ejecutada. Se discute el asunto desde el punto de vista legal y si una mujer no debe más bien ser enterrada viva, según costumbre. Una muchedumbre compacta, inmensa. Avanza una mujer «con el cabello desgreñado, envuelta en una larga túnica; un cordel le ata las piernas hasta las rodillas».

Francisco quiere precipitarse contra los arqueros y libertarla. Sus amigos le retienen.

El poeta tiembla y es presa de tal crisis nerviosa, que sus amigos no consiguen tranquilizarlo.

Llega el momento de la ejecución. La mujer está entrabada por las ligaduras. El verdugo la levanta en los brazos y la pone sobre el cadalso.

Entonces ella aparece a todos tan menuda y delicada, que algunos hombres quitan la vista y otros, por el contrario, se alzan en puntillas para ver mejor. Francisco cierra los ojos, los reabre, se siente presa de espanto y mirando con fijeza y terror a la gitana que alarga el cuello, mientras el verdugo le anuda la cuerda, repite en voz baja, cada vez más ligero: ¡Cuerpo de mujer! ¡Cuerpo de mujer!

Ni la ternura materna ni los buenos consejos del capellán logran desviar a Villon de *son penchant au plaisir*, por más que el religioso lo relaciona con selectos representantes de la iglesia, con quienes él espera que el *scholar* de la Universidad de París ha de estar más en consonancia intelectual. Sin embargo, Villon rehuye toda aquella gente docta y solemne, y a ellos prefiere sus viejos amigos de cabaret, y mejor que entre todos está en los brazos de la gorda Margot, a quien compone su primera balada en versos *fort orduriers, baroques et pleins de drôlerie, dans lesquels l'écolier s'en prenait aux types des rues et des tavernes, qui par leur ridicule éveillaient sa malice.*

Es la iniciación poética de François, que a hurtadillas de su tío empieza ya a componer poemas. Y en más de una ocasión, en sus libaciones habituales,

a instancias de Régnier de Montigny, que había divulgado su fama de gran poeta, Francisco recita versos que se aplauden con entusiasmo. Recita con tal transporte, con una comicidad, con tal exaltación, que todos quedan admirados y pronto la balada de la gorda Margot se hace tan popular que a la taberna que va, le ruegan que la recite, para regocijo de todos.

Al grupo de sus admiradores viene a plegarse un monje viejo en años, pero juvenil en entusiasmo y libaciones, ducho y conocedor de todos los sitios de diversión, adonde lleva a Francisco, a quien saluda con estas palabras de admiración ferviente: Tu est mon maître et tu me resuscites à la devise que j'aime. Hola, du vin! Vive Dieu, la poésie d'abord. Je te salue!

Con él gastó su ingenio, su juventud y los dineros que obtenía de la *grosse Margot*, de grado o por fuerza, como una contribución a los favores amorosos que él le dispensaba. Otras veces, instado por *frère Baude*, que era el nombre de su nuevo adepto, se iban al mercado y a fuerza de mañas y de trucos ingeniosos, se procuraban toda clase de vituallas que eran engullidas en una fiesta de triunfo.

En otra ocasión, en compañía del hermano Baude, del inseparable Régnier de Montigny y de Guy Fabary, el poeta Villon

resolvió *stupéfier les parisiens, par une série d'exploits extravagants*: conciben y celebran una fiesta donisiaca, digna de los mejores tiempos del paganismo griego.

Por aquellos días la *prévôté* de París recibía continuas quejas de taberneros o comerciantes a quienes los *écoliers* de la Universidad habían robado o sus insignias, o gallinas o toneles de vino. Pero todo no paró allí: la cosa subió de punto cuando el preboste de la ciudad recibió la noticia de que, a pesar de haber reforzado su vigilancia, los universitarios se habían robado y tenían secuestrada en un monte a una mujer joven y bella. Por descontado Villon, Régnier, frère Baude y Guy Tabary, eran el alma de la empresa.

El hermano Baude cuidaba de ella, le llevaba de comer y de beber, y la llamaba la *Reina de la Universidad*. Pues bien, con el objeto de asombrar a las gentes, Francisco Villon tuvo la ocurrencia, a principios de invierno, de hacer algo sensacional; con este objeto reunió a los estudiantes y les reveló que, teniendo en cierto lugar secreto gran cantidad de trajes, dagas, capuchones y toneles bien llenos, era preciso que fueran a París, a apoderarse de cualquier objeto estrambótico, alrededor del cual, y vestidos de grandes señores, se refocilarían. Dió a comprender que entonces se vaciarían los toneles y que una mujer de belleza rara presidiría la fiesta al son de flautas y tamboriles.

Farcy, el borracho, se había apoderado de una piedra histórica que servía de hito en la taberna del «Pet au Diable»; entre él y los estudiantes la llevan en triunfo y no sin dificultades al sitio que habían elegido para su festín.

La fiesta tuvo lugar al día siguiente y los universitarios, en vez de dirigirse a sus cursos, se reunieron alrededor de la piedra y la coronaron de hojas y flores. Francisco Villon había impartido sus disposiciones. Grupos de estudiantes, precedidos de músicos, recorrieron la montaña Sainte Genéviève y al volver por la calle Saint-Hilaire, trajeron tanta gente que ya era difícil circular. La calle estaba tapada por ambos lados. En las ventanas, en los techos, los curiosos miraban estupefactos aquella muchedumbre bulliciosa. Durante el día entero no se hizo otra cosa que reír y bailar, cantar, refocilarse, y llegada la noche, Tabary y Régnier, trajeron los toneles de vino que colocaron delante del hito y se bebió. La *Reina de la Universidad* vino después, a quien el hermano Baude, disfrazado de heraldo y más borracho que un odre, acompañó entre los universitarios. La reina también estaba ebria y cubierta la cabeza de florecillas, se las arrancaba, las besaba y las repartía a sus leales súbditos, mientras que, en pie sobre la roca, Francisco, a son de trompetas, saludaba su presencia.

### De pronto

una detonación desgarró el aire, asusta a las mujeres y lleva la batahola a su apogeo, pues el pequeño cañón, oculto entre las ramas, ha vomitado fuego en forma inesperada. En este instante, la fiesta degenera en una bacanal desenfrenada. Cogiendo las mozas, las comadres o las vendedoras que habían ve-

nido a conocer el hito del *Pet au Diable*, los estudiantes las obligaron a saltar con ellos, a besarlos y a dejarse besar. Los maestros de la Universidad, mezclados a la muchedumbre, tuvieron, de grado o por fuerza, que unirse a la partida y beber y tomar parte en la agitación. ¡Qué locura! Las flautas y tamboriles tocaban sin cesar y las danzas se sucedían una en pos de otra, y después de un trago venía un segundo y luego un tercero.

Francisco era el alma de la fiesta, les dirigía sus arengas líricas en prosa o verso, con elocuencia inagotable...

El poeta llega a su hogar al amanecer. El capellán, que lo aguarda, lo reprende con dureza. Francisco replica como un empedernido, con desenfado, lo cual aumenta la aflicción del pobre eclesiástico, que ve con pena que su sobrino es un caso perdido.

Con todo, Villon y sus compinches no se dan tregua en sus fechorías. Una noche sienten más sed que de ordinario y se van a *La truie qui file* a horas tan poco hábiles que las puertas están cerradas y el tabernero en sueños. Golpean con insistencia y como no se les quiere abrir, apedrean la puerta, que quieren desvencijar, aunque no lo consiguen. Como represalia, Francisco decide robarse la *trucha* que en pesado metal y de gran tamaño, servía de insignia. La policía, que pasa en esos momentos, los obliga a huir.

El comentario de sus bribonadas llegadas a oídos del *preboste* de París, quien le hace comparecer ante la autoridad. El poeta es severamente amonestado y arrestado. Sin embargo, Villon compone una balada en homenaje a la mujer del preboste, con lo cual gana los favores de esta dama y logra, poco después, ser admitido en sociedad. Su ingenio y la fama de sus calaveradas le conquistan todas las simpatías. Conoce a Catalina de Vausseilles, que le hace su amante. De ella aprende, como él lo dice, *ce que valent les femmes*. Con ella conoce las primeras grandes dulzuras y veleidades de amor, y sus dolores no tardarán en florecer en aquella tierna balada de tormento, que dedica a *S'amye*

Fausse beauté, qui tant me couste cher,  
Rude en effect, hypocrite douceur,  
Amour dure plus que fer a mascher.

Esta Catalina de Vausseilles le coge con todo el atractivo de su belleza y el artificio de su coquetería; y ya ha logrado el poeta olvidar su vida transhumante de bohemio y calavera y hasta a la *grosse Margot*, en el regazo de su nuevo amor, cuando el monje Sermoise, se antepone—rival implacable—a sus aspiraciones amorosas, y, tras una lucha cuerpo a cuerpo, a que el

poeta es provocado por aquél, Villon lo mata de una puñalada.

Francisco es condenado a la horca por homicidio. En la prisión de Châtelet, conoce la cruel brutalidad de los carceleros y del verdugo que lo ha atado y colocado en el *tréteau*, máquina medioeval de tortura. Conoce el sufrimiento más agudo; ansiedades de agonía destrozaron su vida en los momentos que siguieron a la apelación que hiciera al Parlamento, hasta que, gracias a la intervención de Roberto de Estouteville, el mismo preboste de París, *échappa étroitement la corde* y obtuvo como gracia una condena de expulsión de París.

Empieza entonces su vida transhumante por los caminos, a través de los campos: el frío, el hambre, el dolor moral lo asedian; empero, el poeta ha endurecido su alma en el mal y, lejos de querer enmendarse, se obstina, con una especie de fatalismo sentimental, en la mala vida de sus antiguos conocidos. Se ha unido a Collin, a Régnier y al siniestro Piez-Blans y así, por una especie de determinismo de su destino, Villon toma parte en varios asaltos a mano armada y en robos que le dejan su buena ganancia. Pero entre todo aquel medio abyecto que lo rodea, una fuerza interior pugna por sustraerse. Es el alma del poeta que hay en él en estado inmanente y que se rebela:

Je plains le temps de ma jeunesse  
Ouquel j'ay plus qu'autre gallé (1)  
Jusque à l'entrée de vieillesse,  
Qui son partement m'a celé  
Il ne s'en est à pied allé,  
N'à cheval, hélas! Comment donc?  
Soudainement s'en est vollé  
Et ne m'a laissé quelque don.

Piensa en París. Lo echa de menos. A veces, sus andanzas de *flanneur* nostálgico, lo llevan a las colinas cercanas a Lutecia y contempla de lejos, adolorido y arrepentido, los campanarios y los muros de la gran ciudad.

Terminada su condena, regresa a París. El capellán de Villon lo recibe con ternura. En pocos meses, ambos han envejecido años. Cuando vuelve a sentir su afectuosidad y su perdón, en la paz reconfortante del fuego del hogar, Francisco no puede reprimir las lágrimas, que deja correr sin enjugarse: *il pleurerait toutes ses peines et toutes ses hontes*.

Por desgracia, pueden más en él los apetitos de placer, que se

---

(1) Gozado.

desbocan como corceles impetuosos y atropellan todo impulso de rehabilitación. No puede sustraerse a la alegría de recorrer las tabernas de otro tiempo ni de ver a la *grosse Margot*, cuya sugerencia tiene para él el encanto de otros años, ni puede esquivar a sus amigos de francachelas, Collin el hijo del cerrajero y Régnier, tan ducho en las artes de la buena vida con poco dinero.

Una preocupación seria viene a enturbiar, a la sazón, su holganza y la de sus compañeros. Jaquot de la Mer y Christophe Turgis, ambos miembros de los «Coquillards» han sido apresados y ejecutados en Sens. La tranquilidad de ellos tres, está, pues, seriamente amenazada. La pesadumbre del destino de Villon se abate también sobre sus compañeros. Sin embargo, Francisco no parece sorprendido.

¿Para qué dejarnos engañar por vanas esperanzas?—les dice—Bien sé yo cuál será el fin de todos nosotros.

Y les recita sus versos de clemencia, de conmiseración y de honda piedad cristiana:

Frères humains qui après nous vivez,  
N'ayez les cueurs contre nous endurcis,  
Car, se pitié de nous povres avez,  
Dieu en aura plus tost de vous merciz.  
Vous nous voyez cy attachez cinq, six.  
Quand de la chair, que trop avons nourrie (1)  
Elle est pieça devorée et pourrie,  
Et nous, les os, devenons cendre et pouldre.  
De nostre mal personne ne s'en rie,  
Mais priez Dieu que tous nous vueille absouldre.

(Epitaphe en forme de Ballade que feit Villon pour lyu et ses compagnons, s'attendant estre pendu avec eulx.)

Con todo, la persecución de la justicia parece haber cesado en torno a ellos, lo cual los alienta para llevar a cabo el asalto de la Sacristía de Navarra, que les reporta buena utilidad. Aquella noche era Navidad, la nieve cubría los techos de París. Repique de campanas. Alegría y ajetreo en las tabernas. Entran a La Pomme y beben copiosamente. Se alejarían de París para seguir cada cual un rumbo distinto. Villon iría a Angers, donde tenía otro tío abate que poseía sus bienes...

(1) Este verso recuerda que los robos de Villon y de sus compañeros no tenían, por lo general, otro objeto que las *repues franches* (N. de Paul Lacroix)

Villon está jovial. Antes de partir, anuncia a sus camaradas que va a hacer su testamento y les recita algunos versos que le vienen a la memoria en ese instante. Cada uno de los contertulios reclama su parte: Régnier, Jehan le Loup, Casin Cholet:

Premierement au nom du Pere,  
Du Fils et du Saint-Esperit,  
Et de la glorieuse Mère  
Par qui grace point ne perit,  
Je laisse, de par Dieu, *mon bruit* (1)  
A maïstre Guillaume Villon,  
*Qui en l'honneur de ce non brüst,*  
mes tentes et non pavillon,

Item je laisse à ce noble homme  
René de Montigny, troys chiens...

Y prosigue, adelantandoles la primicia de sus versos en que campea su buen humor de gastrónomo y Epicuro:

Item, laisse et donne en pur don  
Mes gands et ma hucque de soye  
A mon amy Jacques Cardon,  
Le gland (borla) aussi d'une saulsoya (caperuza)  
Et tous les jours une grosse oye  
Et ung chapon de haulte gresse,  
Dix muys de vin blanc comme croye  
Et deux procès que trop n'engresse.

Au Loup et a Cholet  
Je laisse a la fois ung canart.....

Y luego esta otra estrofa que revela un hondo sentido de humanidad y caridad cristiana:

Item je laisse, et en pitié  
A troys petis enfans tous nuds  
Nommez en ce present traictié  
Povres orphelins impourvez  
Tous deschassez, tous despourvez,  
*Et denuez comme le ver;*  
J'ordonne qui'ls seront pourvez  
Au moins pour passer cest yver.

(Le lais François Villon, dit Le Petit Testament).

---

(1) Su fama, su renombre.

De nuevo lleva el poeta una vida de vagabundo. Bajo la amenaza de caer a cada momento en manos de la justicia, pasa de una ciudad a otra: Orleans, Tours, Blois, disfrazado de comerciante en trapos y baratijas. El hambre, el cansancio, las veladas sin techo ni abrigo, la inquietud que pende a cada minuto sobre su vida, lo hacen pensar con amargura en su existencia de tráfuga, condenado a huir de todos, a no hallar tranquilidad en donde llega a abatirse de cansancio, y exclama en el grito lírico de su verso.

Je meurs de soif auprès de la fontaine,  
 Chaud comme feu, et tremble dent à dent;  
 En mon pays, suis en terre lointaine;  
 Lez (1) un brazier, frissonne tout ardent;  
*Nud comme unq ver, vestu en president;*  
*je ris en pleurs et attens sans espoir.*

(Ballade, Villon).

Martirizado el cuerpo, prevé con amargura la soledad en que transcurrirá su vida. Por fin, su llegada a Orleans le vale los favores del duque Carlos, protector de poetas y poeta de celebridad, él también. Es acogido con obsequiosidad por el duque de Orleans, que le fija una pensión y, a pesar de las intrigas y de un ambiente de rivalidad odiosa en que convive con los poetas y poetastros palaciegos, sobre quienes triunfa en una justa poética, Villon conoce la holganza y la opulencia. Pero su vida está mucho más fuertemente entrelazada a sus compañeros de *forfaits*, que a la empalagosa y adulatora vida palaciega. Piensa en Collin, que huirá por los grandes caminos y en Rénier, oculto en París, ambos buscados por la justicia, que ha descubierto el robo del Collège de Navarre. El duque comprende su nostalgia de errabundo y le deja partir a Blois, después de darle una carta credencial que le vale la protección de Juan de Borbón. Aunque fuera el príncipe bastante pródigo para premiar el ingenio del poeta, Villon no pudo soportar la impertinente presunción del secretario, del oficial de cuentas del príncipe ni del bailli o juez de Uson, y su estada no se prolongó más de unos escasos meses, para volver de nuevo a Orleans, donde empieza a sentir la hostilidad y persecución de la justicia. Va a abandonar la ciudad, cuando un guardia lo coge y lo lleva a la prisión. El poeta cree llegada ya la hora postrera de su vida,

(1) Lez—al lado de.

cuando a instancias del duque y de la duquesa de Orleans y de la pequeña princesa María, su hija, recobra la libertad. Henchido el corazón de gratitud, compone un poema en exaltación de la *petite Marie*. No obstante las reiteradas promesas de protección del duque, Villon rehusa la tranquilidad que se le ofrece y va a reunirse a Collin, de quien nada sabe desde mucho tiempo. Por él sabe la muerte de Régnier, que había sido ahorcado hacía tres años. En Baccon, los vasos de oro del templo, tientan a nuestros dos cofrades. Días después, tras una fuga azarosa, a través de bosques y despoblados, Villon llega a los alrededores de Meung, donde se alza un cadalso. El cuerpo de Collin cuelga de la horca, rígido, negro,

parmi cinq ou six autres, les yeux gonflés et tumefiés, la bouche emplie de mouches, les marines dilatées et sous la longue chemise, le ventre énorme!

Ahorcados Régnier y Collin, su turno no se hará esperar. Es apresado y atormentado cruelmente. La justicia desea que revele el paradero del más siniestro de los «Coquillards» de Piez-Blans, de quien se le supone saber más de lo que dice. Condenado a revelar la verdad, Villon afirma no saber nada sobre él. Los esbirros lo torturan tres veces sobre el *grand tréteau*. Citemos las palabras precisas y maestras con que Francis Carco nos describe este instrumento de tortura de la Edad Media.

Cogieron brutalmente a Francisco, le acostaron sobre el *tréteau*, le ligaron los brazos, las piernas y lo izaron. Su cuerpo crujió, se estiró, se alargó y él lanzó un grito. Era abominable. A medida que se elevaba, le parecía que todo se desgarraba en él, se destrozaba. Los músculos, los huesos. Tenía en los pies un peso que lo tiraba para abajo y ese peso, sin embargo, no tocaba ya el suelo: subía poco a poco con él.

La segunda vez que sufrió la tortura, sangraba por los oídos, la nariz y la boca, y se creyó a punto de morir. La tercera vez, permaneció desmayado más de nueve horas, solo, en la obscuridad del calabozo, temblando de fiebre, el cuerpo molido, casi muerto. Había quedado inconocible. Tendido sobre las losas, lloró toda la noche, con odio desesperado; mas entonces cesaron de atormentarlo inútilmente, parecieron olvidarlo, lo dejaron cinco días sin alimentos. «No parecía ya la sombra de si mismo»...

El poeta no puede dudar ya de su fin próximo y escribe su propio epitafio en un cuarteto célebre:

Je suis François, dont ce me poise  
Né de Paris, emprés Ponthoise  
Or d'une corde d'une toise  
Saura mon col que mon cul poise.

Un acontecimiento histórico viene a favorecer inesperadamente la situación del poeta. La ascensión de Luis XI al trono de Francia con la muerte de Carlos VIII le vale, como era costumbre entonces cada vez que se consagraba un nuevo rey, la merced del indulto

Puede gozar, y le parece un sueño, de andar libremente, admirar el paisaje, los árboles, los pájaros. ¡Pero en qué estado lo echan de la cárcel!

Sus pobre pies, vendados y protegidos por infames trapos sucios sacados de algún basural, le llevaban dolorosamente. Tres meses ha, lo habían capturado en pleno vigor, y lo soltaban ahora aniquilado, acabado, «lourd de fièvre».

Sin embargo, París lo atrae y hacia él se encamina, tras una marcha dolorosa de días y días, de hambre y de frío, de dormir en las muelas de paja o bajo el pórtico de alguna mansión; rehuído, temido por quienes le encuentran a su paso. Y a medida que se acerca a la gran ciudad, sus padecimientos físicos le parecen más ligeros. En su larga errancia, en las noches de frío y soledad, bajo la bóveda de estrellas; el poeta reflexiona en su vida. Se pregunta en sus tribulaciones:

*Que m'en reste--il? Honte et peché.*

Y prosigue su divagación lírica en que hace el balance de su vida:

Il est bien vray que jay aymé.  
Et aymeroye volentiers,  
*mais triste cueur, ventre affamé*  
*qui n'est rassasié au tiers,*  
*me oste des amoureux sentier.*  
Au fort, quelqu'un s'en recompse.  
Qui est remply sur les chantiers.  
*Car la danse vient de la panse.*

Y luego, el arrepentimiento de sus locuras

Ho Dieu! se j'eusse estudie  
Au temps de ma jeunesse folle  
Et à bonnes moeurs dedié  
J'eusse maison et couche molle  
Mais quoy? Je fuyoye l'Escolle,  
Comme faict le mauvays enfant.

*En escrivant ceste parolle,  
A peu que le cueur ne me fend.*

*Car jeunesse et adolescense  
Ne sont qu'abus et ignorance.*

(Villon, Le Grand Testament)

Han muerto sus amigos de calaveradas y delitos. Y de qué manera! La imagen de Collin de Cayeux colgado de la horca en las cercanías de Meung, no podrá borrarse jamás de su imaginación. ¿Para qué volver a París? —se preguntaba—¿dónde la existencia que lo esperaba lo afligía de antemano? ¿Qué se le esperaba? Su tío lo recibiría de mala gana. Su madre, la pobre, le reprocharía su conducta y él se cansaría de todo esto. ¿Valía la pena apresurarse por ellos? Francisco se lamentaba. ¿Y qué les llevaría, después de cinco años de ausencia? Nada. El pellejo y los huesos. Y su pellejo aún no valía gran cosa!

En Chartes, agotados ya sus recursos, se emplea de escribano público para atender a sus sustento y poder así, proseguir su camino. Una aventura galante y proveya en que su orgullo llevara la peor parte, llena esta vez su espíritu de nuevas tribulaciones.

Estropeado de nuevo por la desgracia, su buena alma de poeta ha querido domeñar sus instintos de lujuria y desenfreno; pero ha vivido siempre en el placer, ha gustado de él, y su voluntad impotente cae vencida por todas las pretericiones de la carne. Y reincide en el vicio con el dolor en la conciencia de su propia degradación.

Y bien pudo decir nuestro poeta, como Shelley:

And Y knew the sad society of love.

El largo camino de regreso a la ciudad natal, le ha permitido ver en proyección retrospectiva, la abyección de su pasado, y abatido por la fatiga del cuerpo y por la flaqueza moral, está a punto de caer derrumbado en el camino. Pero piensa entonces en su madre.

La evoca, solita, esperándolo y llorando. Se acordó de su infancia, de esa pieza baja y triste donde él había crecido, de la calle del Monasterio, en que le oraba a la Virgen, y su corazón se llenó de congoja. Se creyó muy niño, al lado de la pobre mujer que lo había criado, mecido en la cuna, defendido de los lobos, en el invierno de 1438, en que hasta los infanzones de París revelaban los estragos del sufrimiento, tal era la miseria común. Esto lo llenó de piedad. Hubiese querido reventar allí mismo, en su desesperación, vuelto a tierra, con la imagen de esos recuerdos ante sus ojos. Reventar como un maldito que había hecho el mal, que lo haría todavía por una fatalidad que no lo soltaría jamás.

Llegado a París, en el seno de los suyos, sabe por su tío qué grave culpa pesa sobre él después de las declaraciones que acaba de hacer a la justicia Guy Tabary, uno de sus cómplices, sobre el asalto a la Sacristía de Navarre. A instancias del capellán, se encierra en su alcoba y pasa allí los días enteros al amor de la lumbre, entre los muros altos y escuetos de su nueva prisión. Y entonces, como un *alibi* a su arrepentimiento tardío, se propone dar cima al poema en que tratará de justificar su vida y de probar que no en vano ha sufrido, amado, huído por todos los caminos, sufrido la tortura y el oprobio de la prisión.

En l'an trentiesme de mon aage,  
*que toutes mes hontes j'ay beues,*  
 Ne du tout fol, ne du tout sage,  
 Nonosbtant maintes peines eues...

(Villon, Le Grand Testament).

Ha recobrado su buen humor y cree llegado el momento de hacer él, que nada posee en bienes materiales, la donación de sus dolores y de los bienes de su espíritu. De su inspiración espontánea fluye el verso dolorido, al que engarza la historia de su vida. Pide clemencia y perdón para sus faltas. Comprende que ha sido un juguete del destino y resume su filosofía y su fatalismo, en estos verso.

*Ordure amons, ordure nous affuyt*  
*nous deffuyons honneur, il nous deffuy.*

Aprovechaba así, dando vado a su inspiración, los días de su recluimiento forzado. Pero había fuerzas ancestrales que obraban sobre él y domeñaban toda buena intención. Pronto aquel encierro le es odioso; le sofoca el aire de la alcoba, quiere libertad y vida. Y así, una noche, ante la mirada inquisidora de su tío y de su madre, sale de nuevo al placer de París. Recorre los cabarets de sus buenos tiempos. Nadie le reconoce ya. La *grosse Margot*, a quien tiene que darse a conocer, le acepta con frialdad. Luego traba amistad con gente truhanesca, que lo lleva de nuevo a enfrentarse con la justicia. El juez exige a Villon que reembolse los ciento veinte escudos de oro que él y sus cómplices han robado al Collège de Navarre. Su buen tío compromete su escaso peculio para salvarlo. Sin embargo, el Parlamento lo condena a diez años de relegación en vista de su mala vida.

Parte. Espera llegar a Blois y encontrar allí la protección del

duque Carlos. En Bourg-la Reine, se encuentra con el barbero Perrot Girard, que a la sazón está en inteligencia con la policía, a la cual ha revelado la existencia de la banda de los «Coquillards». Francisco pierde su serenidad. Girard lo lleva a su casa, y ante su sorpresa, le muestra a Piez Blans, a quien ha refugiado. El malhechor se sabe cercado por los guardias, que no lo dejarán escaparse esta vez. De pronto, se le ocurre una idea. Ofrece su capa a Villon, que se prepara para reanudar su camino. El poeta la acepta de buena fe y se despide reconocido. Piez Blans cree ya sentir el ruido de un cuerpo que se desploma, más en ese momento manos de hierro caen sobre él.

\* \* \*

Con este interrogante, que es el que hasta hoy pende sobre la vida de Villon, termina Francis Carco su relato romanesco.

Cabe preguntarse: ¿En qué grado se aleja el escritor de la vida real de nuestro poeta, para darnos una obra de ficción?

Respondemos que la verdadera vida del poeta—verdadera en la medida en que han podido compulsarla quienes la han estudiado en los documentos y la historia de la época,—no ha sido alterada en sus episodios esenciales por nuestro novelista. Así, si recorremos las páginas que sobre la vida y la obra de François Villon nos ha dado Gastón Paris en su estudio tan ameno como docto, constatamos nuestro aserto.

Por otra parte, el novelista no necesitaba dar revuelo a su fantasía para escribirnos una verdadera novela: la vida de Villon, por sí misma, las costumbres de la época, las condiciones morales y sociales por que atravesó nuestro personaje, su inestabilidad y sus flaquezas, sus vicios y sus delitos, su arrepentimiento sincero para reincidir luego en la vida abyecta, representan un venero pródigo, y el novelista ha logrado darnos con todo ello una obra encomiable, en la que, a la propiedad del estilo se une la decoración de fondo dentro de la cual ha conservado la fidelidad a los personajes de la época.

Al hacer el recuento de la vida del poeta, un interrogante asalta nuestra conciencia moral. ¿Cómo se explica que Villon, forjada su vida y su alma entre los muros conventuales, bajo la tutela asidua y la moral rígida de su tío el capellán, diera un vuelco tan brusco hasta lanzarse no sólo por el camino de todos los vicios de la concupiscencia, sino del robo y el crimen?

Gastón Paris nos lo explica:

No hay que juzgar al poeta ni con excesiva severidad ni con demasiada indulgencia. Fué, sin duda, un personaje poco recomendable, holgazán, borracho,

jugador, libertino, *écornifleur et qui pis est, souteneur de filles, escroc, voleur crocheteur de portes et de coffres.*

Sin embargo, son según Paris, circunstancias atenuantes en la vida del poeta.

la profunda crisis moral común, justificada e incorporada a los medios de vida de su época, en que la justicia se hacía pagar los indultos, el clero licenciado las bulas y demás mercedes, la Universidad sus títulos doctorales y en que el pueblo, oprimido por todos lados, *se revanchait de son mieux.*

Por otra parte, la Universidad, al servicio y bajo la dependencia de la Iglesia, abría sus mejores horizontes al obispado o al cardenalato, a los cargos judiciales o al ingreso al Consejo del Rey. Los estudios eran más largos que laboriosos y muchos los rezagados en la mitad del camino.

Estos tenían que contentarse con situaciones mediocres: algunos servían de párrocos en una modesta ciudad de provincia, otros de escribanos o copistas.

Otros, por fin, no lograban obtener mediante sus estudios, recursos para su subsistencia y no habiendo conservado de su instrucción algo más que un afinamiento de espíritu, se hacían primero parásitos, luego estafadores o monederos falsos y finalmente verdaderos cambrioleurs o salteadores de caminos. Tal fué la suerte de más de uno de los compañeros de nuestro poeta, y, preciso es confesarlo, tal fué la suya.

Y como una mayor atenuante todavía, como una justificación para la posteridad, diremos con Gastón Paris que

las faltas de Villon han hecho perder un hombre honesto en el pasado, pero han dado un poeta a la posteridad.—J U A N R O J A S S E G O V I A.

## LA CRISIS DEL INDIVIDUALISMO

**H**DIPO, en vez de resolver los enigmas de la Esfinge, le contesta con un chiste. Está bien. ¿Y la Esfinge? La Esfinge, que es la vida, se tragará esa cultura de disolución. Ya ha comenzado a tragársela. El intelectual moderno tiene un valor vital muy inferior al sofista griego azotado por Platón. El sofista griego era al menos capaz de presentar las razones débiles como poderosas, y su discípulo podía aspirar al triunfo cínico en el ágora de su ciudad. El intelectual moderno no es siquiera retórico. Su orgullo es la inanidad absoluta, la ineficacia definitiva de su obra. Bien. Pero se acerca el momento en que la humanidad